

Alcanzar la luz

Situada en la España del 1700, la historia de este cuento se torna emocionante aventura de la imaginación que exige al lector paciencia, atención y complicidad, al mismo tiempo que, con destreza, honra al maestro de la narrativa que fue Max Aub. Sin tratarse propiamente de un relato corto, *La campana de las tinieblas*, caracterizada por una ágil narración, obliga a una lectura continua que no admite distracción alguna y menos aún reposo. Hay que mantenerse atento, presto a todos los detalles, a todas las claves del rompecabezas, para así participar, en ocasiones con rumbo claro y en otras en medio de la zozobra, aunque siempre con emoción, hasta el desenlace final. El protagonista refiere una historia que, como hilo conductor, determina el antes y el después de su vida. Porque, como bien declara en las primeras líneas del relato, la decisión que ha tomado condicionó su existencia.

Con gran maestría, el autor nos lleva por tiempos pasados y presentes, con el fin de situarnos en una ciudad cuya catedral, se convierte en escenario permanente del cuento. Tanto las narraciones del abuelo, quien trabajó en la edificación de un templo próximo, como los heredados intereses del nieto, también empeñado en el noble arte de construir edificios, permiten una travesía llena de encuentros, de detalles y de conocimientos hasta arribar a puerto seguro. El autor manifiesta oficio y buen manejo del lenguaje. Revela su enorme habilidad para describir tiempos y espacios. Ostenta un cuidadoso trabajo previo de investigación sobre el quehacer arquitectónico y un notable gusto por la tradición oral y las leyendas pueblerinas, por la forma de ver, entender y explicar los fenómenos naturales, por el lenguaje diario y por el modo de ser y hacer propios de innumerables poblaciones españolas. El objetivo

fundamental de Rafael Martínez Artíguez fue propiciar un reencuentro con el pasado lejano a partir de una narrativa moderna, que recuerda primero la influencia de Umberto Eco y, luego, la de Arturo Pérez Reverte y otros escritores contemporáneos que han abordado el medioevo, mal entendido como la edad de las tinieblas, para reflexionar sobre él y mirarlo desde otra perspectiva. Para el autor se trata, sin duda, de contar la historia de una cotidianidad en el marco de vivencias compartidas. Para el lector, de ser llevado de la mano por un curioso y novel arquitecto que descubre y describe con regocijo las piedras, los rincones olvidados de la iglesia, los muebles y los utensilios litúrgicos, las cansadas escaleras que se dirigen hacia el campanario, las puertas misteriosas que parecen no conducir a lugar alguno.

La campana de las tinieblas es una historia muy bien contada, un relato que permite, con inmenso placer, alcanzar la luz, la claridad y la razón. Hay un compás de espera, pero también una cadencia particular en los tiempos descritos, en la actividad diaria, en el reto de descubrir –desafío que se enfrenta con insuperable interés– los misterios de la creación, el fundido, el uso y la reclusión del personaje central de este relato, personaje-objeto que habla por sí mismo y cuyo tañido lejano y distante, pese al tiempo, al polvo y al abandono, expresa, según sea el caso, tristeza o pasión, pena o reclamo, para finalmente retornar a un milenario estado silente.

Estoy cierta de que la lectura de este cuento atraparé a cualquiera y además quedamos agradecidos por el esfuerzo, evidente en la obra, de reivindicar el mester del historiador, obligado irremediabilmente a hurgar en archivos tras las huellas de nuestros antepasados, en los viejos papeles amarillentos, arruinados por el tiempo y despreciados, para recuperar con ellos las trazas del pasado e intentar comprender el acertijo permanente de la humanidad.

Eugenia Meyer

Jurado XIV Premio Internacional de Cuentos Max Aub, 2000
México, primavera de 2001